

que las fiestas se celebrasen al aire libre, cuando el tiempo lo permitiese, si no en un local elegido por los pueblos. Hé aquí la religión civil organizada. Chenier, el ponente de la ley del año III, nos dirá bajo qué espíritu fué dictada.

La República tenía dos enemigos, el ateísmo de los *enragés* y el fanatismo de los ortodoxos. "Si no se quiere perder á la cosa pública, dice Chenier, es preciso no escuchar á esos *energúmenos* que, en su libertinaje de *ateísmo*, toman la embriaguez por *entusiasmo*, quisieran extraviar la razón del pueblo en el caos de sus *abstracciones delirantes*, y que muy poco políticos para *saber esperar*, muy poco pensadores para saber dudar, denunciarían á Fenelon y Las Casas como perseguidores fanáticos, á Rousseau como un devoto, á Voltaire como hombre de preocupaciones, á Bayle y Montaigne, estos escépticos célebres, como moderados en filosofía." La reprobación de los *enragés* nos muestra ya qué especie de guerra quería hacer Chenier á los fanáticos del pasado: "Las *preocupaciones*, dice, son *enfermedades crónicas*; la *paciencia* y el *régimen* curan al enfermo, los remedios extrínsecos le matan. La *guerra temible á las preocupaciones* es una *guerra filosófica*; las *preocupaciones* son *opiniones* que no se acaban á cañonazos. Se puede matar á los *hombres*, no se podrá matar la *opinión*. Todo poder fundado en la *violencia* debe perecer; la razón tan sólo es eterna."

El legislador del año III no abolió el culto católico, pero *levantó altar contra altar*; esperaba que la luz de la verdad disiparía las tinieblas de la superstición. Escuchemos á Chenier: "En los dos continentes, las naciones se han degollado unas á otras por *religiones rivales*, pero *igualmente enemigas de las naciones*, y la sangre de los hombres ha corrido por *opiniones que los hombres no comprendían*. Con una *razón activa* y práctica, con *instituciones tutelares de la libertad*, es como hay que atacar las *instituciones tiránicas y antisociales*. La *filosofía* no manda *crear*; los *dogmas*, los *misterios*, los *milagros* le son extraños; sigue á la *naturaleza*, y no tiene la loca pretensión de cambiar sus leyes inmutables, de interrumpir su curso eterno."

La *filosofía* es la luz que disipará á todas las locuras del catolicismo. En este espíritu debían ser redactadas las *instrucciones morales*, este elemento esencial de las fiestas decadas. El canto y la música cooperan al mismo fin. Tal era el pensa-

miento del legislador, pero todo dependía de la ejecución de la ley. La Convención hizo un llamamiento á sus miembros, para que le propusiesen sus ideas respecto á la organización de la nueva religión. Un gran número de discursos fueron impresos por orden de la Asamblea. Vamos á tratar de buscar en ellos el espíritu que animaba al legislador revolucionario. Lo que domina en todos los bosquejos de religión civil es la idea fija de que la religión cristiana se identificaba con el fanatismo que ensangrentaba la República y la convicción de que era preciso extirparla. Los convencionales juzgaban al cristianismo tradicional por sus excesos, y trazaban un cuadro de él que parecía una caricatura. Véase lo que dice Lequinio de las fiestas católicas: "Son las fiestas de la *hipócrisis* y de la *mentira* para los *sacerdotes* que la presiden, del *embrutecimiento intelectual, civil y político* para las *poblaciones* que asisten á ellas. Tienen por objeto la *dominación de los tiranos*, la *degradación del espíritu*, la *esclavitud de los pueblos*." Reconozcamos que, si ese no ha sido el fin de los que instituyeron las fiestas cristianas, no es menos cierto que, en realidad, allí donde el clero ha ejercido una dominación incontestable, las solemnidades religiosas parecen destinadas á embrutecer los hombres, á fin de hacer de ellos dóciles esclavos.

El imperio funesto del sacerdocio se había conservado hasta el siglo XVIII, y se conserva aún en nuestra época en los campos. ¿Qué es el cristianismo de los lugareños? El paganismo con formas cristianas. Había, pues, que difundir las luces á raudales. En este espíritu, dice Lequinio, deben organizarse las fiestas decadas: "*Ilustrar á los ciudadanos*, á fin de *destruir toda especie de fanatismo*; hacer ver el valor de la *libertad*; estrechar los lazos de la fraternidad; conducir, en fin, á la *felicidad*, por medio de la suavidad de las costumbres y de la *virtud*: tal debe ser el objeto de vuestras *fiestas populares*, y debéis redactar el plan de modo que sean especialmente útiles á los que más las necesitan. En los *campos* es donde el hombre está más aislado, en donde la *ignorancia* está más profundamente arraigada y en donde es más universal; allá es donde el *fanatismo* ejerce con más energía su funesto poder, y transforma á veces en *furiosos* á los *hombres extraviados* que creen ir en pos de la *virtud*; allí es, pues, también donde particularmente tenéis que hacer dominar la sa-

ludable influencia de vuestras *fiestas decadas*."

Para alcanzar este fin, la Convención quería que las fiestas de la religión que instituiría fuesen celebradas al aire libre. Escuchemos á uno de los partidarios decididos de las fiestas decadas, Eschassériaux: "En pleno día el alma se dilata, se anima mucho más, y sus goces son más puros. Las fiestas cívicas quieren ser celebradas al aire libre. La presencia de la naturaleza, el círculo vasto de un bello horizonte inspiran más alegría y dan más majestad á las grandes asambleas. *El interior oscuro de nuestros templos, la forma de su arquitectura, recuerdan demasiado aún el terror y las sombrías impresiones de las ideas religiosas*, para concentrar en ellos siempre á los ciudadanos... Ante su magnífica obra es donde hay que celebrar al Ser Supremo; será invocado en nuestras fiestas, no ya, como en otro tiempo, por el *orgullo* y la *ambición* que han engañado á los mortales, sino por himnos y cantos que le dirigirán la *libertad*, la *inocencia* y la *virtud*. Ese es el culto puro y digno de él y del hombre libre. En las fiestas cívicas se reunirán los hombres de todas las religiones para celebrarle. En ellas se reunirán para oír la dulce moral de la patria, y *olvidar* muy pronto las *ilusiones peligrosas* con las cuales había *sorprendido* el *fanatismo* su *credulidad engañada*."

Otros convencionales querían que los templos cristianos sirviesen para celebrar las fiestas decadas. No hay que decir que debía empezarse por desterrar todo lo que pudiera recordar las ideas unidas á las *inecias* y á las *mentiras* del catolicismo. Estas son las expresiones de Lequinio. Añade que ese sería un medio de llegar sin sacudimiento á hacer olvidar el antiguo culto: "Esto es favorecer la transición de la superstición á la luz." ¡Cosa singular! Los mismos motivos habían sido invocados en el siglo VI por el papa Gregorio el Grande para halagar las supersticiones de los paganos, dándolas un barniz pagano. Desgraciadamente, á fuerza de halagar los errores populares, la Iglesia los perpetuó, añadiendo los que son inherentes al cristianismo. De ahí ese montón de creencias supersticiosas que constituían á fines del siglo XVIII, y que aun constituyen hoy, toda la religión para la inmensa mayoría de los fieles. ¡Y se admira uno de la persistencia del elemento supersticioso en el seno de la humanidad, cuando jamás ha sido cultivada una mala hierba con más cuidado que esta planta venenosa!

Cuando se ve á los revolucionarios recurrir instintivamente á los mismos medios que los papas para reemplazar los que unos y otros llamaban las antiguas supersticiones con creencias más puras, no se puede dudar que la Convención haya tenido por objeto fundar una nueva religión al mismo tiempo que una nueva sociedad. En sus decretos no hablaban más que de instrucciones *morales*; pero aquellos de sus miembros á quienes interesaba la *moral* sentían la necesidad de darla fundamento religioso y formas religiosas: "La inmensa mayoría de la nación, dice Rameau, se ha convertido á la *libertad*, no á la *filosofía*. Los hombres están acostumbrados á un *culto*, expresión de sus creencias religiosas. Les es necesario, pues, á las fiestas decadas un *carácter religioso*; si no, el pueblo volverá muy pronto á sus antiguas costumbres." Pedía en consecuencia que una hora de la mañana fuese consagrada á *actos religiosos*.

Pero grande fué el apuro de los revolucionarios cuando trataron de formular esos *actos religiosos*. El culto es la expresión de creencias positivas: ahora bien, esas creencias no las tenían, y ni aun las querían, porque tenían horror á todo lo que se llama dogma. Esto era moverse en un círculo vicioso. Hé ahí por qué los oradores de la Convención, cuando quieren precisar su pensamiento, iban á parar siempre á las ideas políticas. En un informe hecho en nombre del comité de instrucción por Eschassériaux se lee: "Difundir en el pueblo los elementos de la *moral republicana*, inflamarle con el relato y el recuerdo de las *hellas acciones*, imprimirle el *amor de las leyes*, recordarle sin cesar sus *derechos* y sus *deberes*; producir en él la energía de las *pasiones generosas*, empaparle en los *grandes pensamientos de la libertad*, ligarle á la *patria* por todo lo más conmovedor de la instrucción y lo más inocente del placer, hé aquí el plan de la institución que hemos trazado. Cada fiesta cívica ofrecerá una *virtud*, un *beneficio* de la *naturaleza*, de la *sociedad* ó de la *revolución* que celebrar. Demasiado tiempo ha estado *extraviado* y *oscurecido* el *espíritu humano* con *ideas metafísicas* que no ha podido comprender nunca; ya es tiempo de someter á la *razón del hombre* las *ideas sencillas* y los *bienes reales* que son la *felicidad* de la *sociedad*. Sois los primeros entre todos los legisladores del mundo que vais á poner ante él la *moral pública* en acción y consagrar los homenajes

de un gran pueblo á las *virtudes sociales* y á los *derechos más sagrados* del género humano.

Los legisladores de la Revolución esperaban "que las fiestas decedarias harían olvidar al pueblo hasta el recuerdo de los *antiguos ritos*, de las *ceremonias antiguas* y del yugo que después de tantos siglos pesaba sobre su cabeza". Cuando se comparan estas palabras de Lequinio con los hechos, se ve que los revolucionarios se hacían una singular ilusión respecto á su religión civil. En apariencia, se ha desvanecido como tantos errores pasajeros á los cuales se abandona el espíritu humano en las épocas de revolución. La *religión decedaria* ha caído en un olvido tan completo, que hemos necesitado aglomerar los testimonios para demostrar que no fué un sueño de Robespierre y de algunos Jacobinos, sino un pensamiento serio de la más poderosa Asamblea que ha gobernado jamás los destinos de un gran pueblo. Se puede maldecir á la Convención, se la puede censurar; pero los pigmeos de nuestro siglo tienen poca gracia burlándose de los Titanes del 93. Cuando el enano se ríe del gigante, el enano es el que se ridiculiza. Es preciso, pues, apreciar seriamente esta obra, aunque haya fracasado.

La religión que los convencionales creían muerta se ha reanimado; los hombres han abandonado los altares del Ser Supremo por los de Cristo. ¿Quiere esto decir que hay que saludar en el triunfo del catolicismo la victoria de la verdad sobre el error? Si, como nos lo enseña la razón, el Hombre-Dios es una imposibilidad absoluta, una contradicción en los términos, por más que la reacción religiosa condene desde lo alto de la verdad revelada la religión natural de Rousseau y las tentativas de sus discípulos para realizarla, esto no probará que el Cristo sea Dios. Esta simple reflexión debería bastar para inspirar un poco de modestia á los partidarios del pasado. El hecho no decide nada en esta materia. A despecho de la reacción, á despecho del aborto de las religiones civiles, el cristianismo tradicional continúa siendo una religión falsa en su esencia; ahora bien, el error, aun cuando tenga en su favor la autoridad de los siglos, no está por eso menos condenado á perecer. Porque si en la religión de los revolucionarios hay principios verdaderos, es preciso decir que el porvenir les pertenece, aunque hayan sucumbido en apariencia. Dejemos, pues, el

hecho á un lado, y veamos dónde está la verdad.

¿Hacían mal los revolucionarios en rechazar, siguiendo á los filósofos, los dogmas incomprensibles del cristianismo histórico? Lo que prueba que estaban en lo cierto es que la conciencia moderna ha abandonado igualmente la fe antigua. Excepto algunas raras momias, los cristianos mismos no profesan ya sus dogmas más que de lengua, y opinan con la filosofía que la práctica de la virtud es la que proporciona la salvación y no la fe. Y ¿qué es lo que comprenden por virtud? ¿Es siempre la perfección evangélica? Tan poco es el ideal del Evangelio, que los hombres lo ignoran; no le conocen, como si la *buena nueva* no se hubiese predicado nunca. ¿Qué quiere decir esto? Que la religión que ha sido durante tantos siglos una religión del mundo imaginario tiende á ser una religión del mundo real. ¿No es esa la religión de Rousseau y de la Convención? El culto decedario es, pues, en su esencia un progreso considerable sobre el cristianismo. Si, la religión debe cambiar de naturaleza con nuestros sentimientos y nuestras ideas. Nuestra concepción de la vida se ha modificado; lo mismo debe suceder con nuestras creencias. Nosotros nos interesamos mucho más en la libertad civil y política que en la gracia y la predestinación; nos gusta mucho más la igualdad en este mundo que la igualdad en el cielo; apreciamos más las virtudes morales que las virtudes teológicas. La religión que no toma en cuenta estos hechos, que los contraria y los maldice, es falsa y debe transformarse si no quiere perecer. Tal es el cristianismo tradicional. La religión natural, formulada por los revolucionarios, satisfacía estas necesidades, mejor dicho, era su expresión. A ella pertenece, pues, el porvenir. Se nos preguntará: ¿por qué ha sucumbido? Vamos á contestar á la pregunta, hablando de la última forma que ha revestido, del culto de los *teofilántropos*.

N.º 3. — Los *teofilántropos*.

I

Las fiestas decedarias tuvieron poco éxito; las faltaba el carácter religioso que, á pesar de los abusos y los excesos, caracteriza al domingo cristiano. Los miembros de las municipalidades con su banda, leyendo los decretos de la Convención ó reci-

tando una homilía republicana, eran muy malos reemplazantes de los curas. Cualquiera que fuese la ignorancia de los ungidos del Señor, tenían la fe; ahora bien, ¿puede haber religión sin algún elemento de fe? El fanatismo republicano hizo las veces de fe para Robespierre y sus secuaces. Esta era una fe tan absoluta, tan exclusiva, tan rencorosa como la de los católicos romanos. Los hombres del 93 creían en la libertad y en la igualdad, como los adoradores del Cristo creían en su divinidad. No reconocían ningún derecho, ni aun el de vivir, á los que rechazaban la República, lo mismo que los fanáticos de la antigua religión perseguían hasta la muerte á los que se atrevían á negar lo que la Iglesia enseña. Si los católicos estaban convencidos de la infalibilidad de los papas, los republicanos estaban igualmente persuadidos de la infalibilidad del pueblo. De ahí su intolerancia; prueba su fanatismo, pero también prueba el ardor de su fe ciega.

Este amor fanático de la libertad no lo sentía más que una débil minoría; la Francia no era republicana. En tiempo del Directorio, fueron precisos los golpes de Estado para mantener el elemento republicano en el poder, hasta que otro golpe de Estado restableciese el poder real y con él el catolicismo. A pesar de los esfuerzos del gobierno, la religión civil se iba, así como la República. Entonces fué cuando algunos ciudadanos se reunieron para fundar bajo el nombre de *teofilantropía* una religión ó un culto que, en realidad, no era más que otra forma de la idea de Robespierre y de las fiestas decedarias. Había, sin embargo, una diferencia y grande: no fué la ley la que fundó la filantropía; debió su primer origen á una necesidad religiosa; así es que tuvo algo de más íntimo, de más religioso que las tentativas oficiales de la Convención nacional.

A los católicos les gusta ridiculizar los ensayos que se hacen de tiempo en tiempo para fundar un nuevo culto, y disfrazaban la filantropía como disfrazaban el sansimonismo. En una historia de la Iglesia católica que goza de grande autoridad entre los ultramontanos se lee que Larevellière fué quien inventó la religión de los *teofilántropos*. Esto es una antífrasis; si el abate Rohrbacher se permite esta mentirilla, es para poder añadir que el culto nuevo era una verdadera comedia, "porque Larevellière era pequeño, jorobado, contrahecho, un

verdadero polichinela". Después de haber calumniado el origen de la *teofilantropía*, el historiador católico no podía tener escrúpulo en murmurar de sus sectarios: "Como entre ellos había, dice, hombres viciados y cubiertos de crímenes, el pueblo les dió el apodo de *rateros en cuadrilla*", (1). Si se escribiese la historia del cristianismo con este espíritu rencoroso y populachero, ¿qué no se podría decir de los crímenes que lo manchan? ¿Ha olvidado el abate las falsificaciones en que descansa su Iglesia? ¿Será preciso recordar los falsos milagros, las falsas profecías, la falsa donación de Constantino, las falsas decretales y las innumerables falsificaciones de los monjes? Cuando uno se coloca en el punto de vista del libre pensamiento, el catolicismo todo entero no es más que una gigantesca impostura. Porque si el abate tiene curiosidad en ver gentes *viciadas y cubiertas de crímenes*, no tiene más que leer la biografía de los papas; en ellas encontrará monstruos como no existen en nuestros presidios.

Dejemos á un lado esas miserables críticas. La *teofilantropía* es una religión, hoy apreciada por sus creencias. Cuando se dice que la *teofilantropía* es una religión nueva, se atribuye á sus fundadores una ambición que no tenían; hasta se defendían de ella. En la *Instrucción sobre la organización y la celebración del culto de los teofilántropos* se lee (2): "Si alguno os pregunta cuál es el origen de vuestra religión y de vuestro culto, hé aquí lo que podéis contestar: Abrid los libros conocidos más antiguos, buscad en ellos cuál era la religión, cuál era el culto de los primeros humanos cuyo recuerdo nos ha conservado la historia. Veréis en ellos que su religión es la que llamamos *religión natural*, porque tiene por principio al autor mismo de la naturaleza. Él es quien ha grabado en el corazón de los primeros humanos, en el nuestro, en el de todos los habitantes de la tierra, esta religión que consiste en adorar á Dios y amar á sus semejantes, la que expresamos con una sola palabra, la de *teofilantropía*. Así es que nuestra religión es la de nuestros primeros padres; es la vuestra, es la nuestra, es la religión universal. En cuanto á

(1) El abate ROHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, tomo XXVII, p. 563.

(2) *Código de religión y de moral natural para uso de los adoradores de Dios y de los amigos de los hombres*, redactado por CHEMIN. París, año VII (p. 41).

nuestro culto, es también el de nuestros primeros padres. Vemos en los libros antiguos que los signos exteriores con los cuales prestaban sus homenajes al Criador eran de una gran sencillez. Le levantaban un altar de tierra; le ofrecían, en señal de su agradecimiento y de adhesión, algunas de las producciones que les había dado su liberal mano. Los padres exhortaban á sus hijos á la virtud; todos se animaban, bajo los auspicios de la divinidad, al cumplimiento de sus deberes. Este culto sencillo no han dejado de profesarlo los sabios de todas las naciones, respetando los otros, y le han transmitido hasta nosotros sin interrupción.

Es inútil insistir en la ilusión que se hacían los teofilántropos, remontando el origen de su religión hasta la cuna del mundo. ¡Cosa singular! Todas las religiones tienen la misma pretensión. Los cristianos dicen que la revelación hecha por Jesucristo es idéntica en el fondo á la de Moisés, idéntica á la que Dios hizo el primer hombre. Mahoma también creía volver á la religión de los patriarcas. Hay un error en todos ellos; pero se concibe menos en los teofilántropos que en los mahometanos y en los cristianos. Venían á fines de un siglo cuya bandera era el progreso, y negaban el progreso religioso. En realidad, no tenían la audacia que se necesita para establecer una religión. Así, aunque diciendo que su religión era la religión natural, y que esta religión remontaba á los primeros hombres, no querían pasar por una secta; se declaraban *instituto moral* en los membrete de las cartas que servían para su correspondencia oficial (1). Lejos de formar una secta nueva, creían "reunir las que existían en un solo sentimiento, el de la piedad, de la caridad, de la concordia y de la tolerancia," (2).

Si los teofilántropos no hacen más que repetir lo que piensan todas las sectas, ¿qué es lo que vienen á hacer y para qué predicán? "La teofilantropía, contestan, se ha establecido por el movimiento espontáneo de uno y después de muchos padres de familia; su único objeto ha sido crear una institución bienhechora que cure las llagas de la revolución, que una los corazones predicando la indulgencia mutua y el olvido de todas las faltas, que atraiga todas las sectas á la tolerancia universal,

(1) El abate GRÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. 1, página 428.

(2) CHEMIN, *Código de religión y de moral*, p. XXIV.

que dé á la moral más suave, más pura que jamás se ha profesado, una sanción al abrigo de toda crítica, y que estreche á todos los pueblos en los lazos de una verdadera fraternidad." Hé ahí por qué organizaron su culto y arreglaron sus ejercicios de modo que pudiesen ser seguidos por los secuaces de todas las religiones; no querían contradecir ni abjurar los principios de ninguna secta, y no profesaban más dogmas que los universalmente adoptados por todas las naciones (1).

Era esto un nuevo error ó una nueva ilusión. ¿Cómo no veían los teofilántropos que chocaban de frente con todas las sectas, con su pretensión de reunir las todas? ¿Ignoraban que entre esas sectas había algunas que eran absolutamente inconciliables con la teofilantropía? El único dogma de la tolerancia universal que profesaban los teofilántropos debía inclinar á los católicos á condenar una doctrina que á sus ojos no era más que la indiferencia universal. Si existía una Iglesia que pudiese aproximarse á los teofilántropos, era la Iglesia constitucional. Salida de la Revolución, proscrita en Roma, parece que debiera haber visto con indulgencia una religión que invocase los grandes principios del Evangelio, el amor de Dios y la caridad. Pero es bastante tener una gota de sangre católica en las venas para ser intolerantes. La Iglesia constitucional era ortodoxa; luego no podía aceptar la fusión de todas las sectas que predicaban los teofilántropos. Un concilio los castigó con una censura solemne. Es interesante oír las censuras que los católicos republicanos hacían de los *adoradores de Dios* y de los *amigos de los hombres*:

"Encargados solidariamente del depósito sagrado de la fe, los pastores deben señalar todos los errores que alteren su pureza y prevenir á los fieles contra todo lo que pueda extraviarles. En estos últimos años, la *incredulidad* ha dirigido sus ataques contra el *conjunto de las verdades reveladas* que ha podido arrancar del corazón de los fieles, para sustituirlas con el *deísmo*, bajo el nombre de *teofilantropía*; se esfuerza, además, en introducir el *indiferentismo*, insinuando que todas las religiones están al mismo nivel, que, por consecuencia, debe vivirse en aquella en que se ha nacido, como si la verdad no fuese una y como si el error pudiese gozar de los mismos derechos que la verdad."

(1) CHEMIN, *Código de religión y de moral*, p. XXIV.

"El concilio metropolitano se debe á sí mismo proclamar á la faz de la Iglesia universal y de la posteridad su adhesión invariable á la fe de la Iglesia católica, castigando con el anatema los errores contrarios á la fe. En su consecuencia, el concilio metropolitano, considerando como contraria á la fe toda proposición que tienda á persuadir que cada cual puede continuar viviendo en seguridad de conciencia en su religión, cualquiera que sea, no pudiendo aplicarse esta aserción más que á la verdadera religión, el dicho concilio *rechaza con horror el deísmo* conocido bajo el nombre de *teofilantropía*, como una *apostasía de la fe* y una *renuncia á toda verdad revelada*," (1).

¿Hacia mal la Iglesia constitucional en reprobar la teofilantropía como fruto de la *incredulidad*, como idéntica al *deísmo*, como la negación de la fe revelada? Bajo el punto de vista de la antigua ortodoxia, la censura del concilio galicano es perfectamente legítima. Pero también prueba por la milésima vez la incompatibilidad radical del cristianismo tradicional y de la filosofía. Era imposible ser más modestos, más conciliantes que los teofilántropos; pero por el único motivo de que rechazaban el dogma de que no hay salvación sin la fe eran apóstatas. Eran, en efecto, apóstatas, y á despecho de su caridad y de su tolerancia universal, eran en el fondo hostiles al catolicismo. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿No procedían del siglo XVIII y de la Revolución? Como discípulos de los filósofos profesaban la religión natural; eran, pues, enemigos natos de la religión revelada. Si los católicos reprobaban la teofilantropía, por su parte, los teofilántropos hacían la guerra al catolicismo.

Tenemos á la vista un discurso *sobre la diferencia entre la superstición y la religión natural*, pronunciado en varios templos de teofilántropos, por uno de sus predicadores (2). No hay que decir que, bajo el nombre de *superstición*, el orador ataca la religión católica, y reproduce todas las acusaciones que los filósofos habían lanzado contra el catolicismo. La *superstición* divide á los hombres, engendra el odio, la guerra, las persecuciones, la intolerancia. ¿Hay necesidad de preguntar cuál es esta

(1) El abate GRÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. 1, página 428.

(2) LAURISSET.

superstición? Quien dice Iglesia intolerante nombra la Iglesia católica. Nuestro predicador tiene cargos muy graves que dirigir al catolicismo: "Es, dice, un sistema de errores y de preocupaciones cuyos principios primitivos son prohibir el uso de la razón, cerrar los ojos á la verdad." Que la religión católica sea incompatible con la libertad de pensar es un axioma. El teofilántropo va más lejos: acusa la *superstición* de doblegar al hombre bajo el yugo del sacerdote y los pueblos bajo la dominación de la Iglesia. Esto está también escrito en todas las páginas de la historia. Los filósofos censuraban á la Iglesia de viciar la moral con acomodamientos arbitrarios que transformaban actos indiferentes y hasta virtuosos en crímenes, y que exaltaban como la virtud por excelencia la obediencia absoluta al sacerdocio. Nuestro teofilántropo dice también que la *superstición* confunde la noción de la virtud y del vicio. En fin, repite la censura que la filosofía había infligido á la revolución cristiana, diciendo que no tiene por fundamento más que la *imaginación de los entusiastas* ó el *interés de los estafadores*. Así, pues, *impostura y locura*, ese es el cristianismo tradicional.

II

Estas blasfemias parecen dar razón á la Iglesia constitucional. ¿Habían venido los teofilántropos á predicar la *incredulidad* bajo el nombre del *amor á Dios*? La acusación es absurda. El que adora á Dios no es un incrédulo, excepto á los ojos de los sectarios obtusos del Hombre-Dios. Voltaire mismo no era un incrédulo, porque fué el defensor ardiente y sincero de la existencia de Dios contra los ateos y los materialistas. Sus discípulos dieron un paso más hacia la religión, porque no se inspiraron exclusivamente en él; los hombres de la Revolución no procedían de tal ó cual filósofo, ni de ningún jefe de secta; procedían de la filosofía, y sufrieron la influencia del inmenso trastorno que empezó en el 89 y que no ha terminado aún. La teofilantropía era más que un vago deísmo; era una religión, mientras que el deísmo no es más que una concepción filosófica. La diferencia es enorme. Los teofilántropos van á decirnos cuáles eran sus creencias; el lector juzgará si merecen ser censurados como incrédulos.

Se llamaban *Instituto de moral*, pero su *moral*